



# EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11480

ANO XXXIX

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
no.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 28 DE NOVIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LA MANO DE DIOS!

¿Qué dirán las potencias belico-  
sas, al contemplar las huestes de  
la Gran Bretaña arrojadas en ca-  
sa, desde que pisaron el teatro de  
la guerra, y qué dirán aquellos es-  
petados estadistas que con grave  
acento y campanuda frase pedían á  
gritos en el Parlamento, que se bor-  
rara España del mapa del mundo  
porque un ejército de quintos ba-  
jo el sol del trópico, diseminados en  
17000 leguas de pantanoso suelo,  
agobiado por la peste y el clima,  
no encontraba al enemigo más que  
en los acechos de la espesa selva,  
donde emboscados muchos contra  
pocos, con ayuda del vecino, y con  
prohibidas armas, asesinaban co-  
barbaridad á nuestros inimitables  
soldados!

En una guerra hondamente elabo-  
rada y sostenida por amigos con  
careda, consentida y tolerada sin  
conciencia por la Europa entera,  
que, fría y despiadada, contem-  
plando estólida la oculta y alevosa  
mano que ayudaba al traidor ad-  
versario, no tuvo ni una frase de  
consuelo para el débil y quizá hoy  
la tenga para el fuerte! ¡Muy  
podría deber estar el corazón del  
mundo, cuando cada día salen más  
gusános á la superficie.

No ha mucho que, en la Argelia,  
encomiando un mariscal francés  
al valeroso ejército de Cuba, nos  
decía una mañana en el campo de  
tiro:

«Un ejército—ó mejor dicho—  
un hospital ambulante, que cara  
á cara lucha más de tres años á  
balazó limpio, donde un alférez  
recien salido del colegio, man-  
dando una patrulla en campo ra-  
so, al verse ya copado y sorpren-  
dido por 200 caballos, le manda  
echar pie á tierra, y á su voz de  
fuego por descargas, rechaza por  
tres veces con las tercerías al

enemigo, un ejército cuyos peque-  
ños puestos, resistieron mil veces  
á numerosas fuerzas veinte veces  
mayores, no necesita mas para ad-  
mirarlo! ¡Qué lastima de heroísmo!

La antorcha de la guerra está  
encendida. Una paz vergonzosa se-  
ría peor que la derrota, y la san-  
gre derramada y la que ha de de-  
rramarse ha de lavar la impune  
mancha que ha arrojado sobre el  
suelo español, una nación sin nom-  
bre y sin historia, que fingiéndose  
amiga, ha esperado que gastáramos  
la última peseta y el último es-  
fuerzo, para hacer caer como lobos  
hambrientos un ejército aniquila-  
do, sobre un montón de espectros  
que quemaban el último cartucho!  
La verdad es esta.

La docta Inglaterra. La patria  
de Wellington, la nación de oro,  
la reina de los mares, que lo vence  
todo con el carbón de piedra, juega  
hoy á un naípe acaso su fortuna,  
y por Dios que sus soldados, ha-  
brán sabido morir al pie de sus  
banderas como en Waterloo, por-  
que los soldados son siempre los  
mismos. El espíritu nacional es  
una herencia, y habrán cumplido  
como buenos víctimas á caso de un  
gobierno irreflexivo, que en más  
de una ciega fantasía, henchido de  
codicia y de soberbia, y de esa  
ambición histórica que no saciaría  
nunca á las altanerías Aguilas bri-  
tánicas si con sus garras pudieran  
devorar al mundo, no ha podido  
imaginar siquiera que si al operar  
por sucesión de esfuerzos en la ti-  
tánica lucha que ha emprendido  
no triunfaba en el primer empuje,  
los demás... habían de ser cada vez  
más débiles!

Para acometer empresas de esa  
lalla—de las que hay pocas copias  
—no cabe otro recurso que agol-  
par simultáneamente el grueso de  
un formidable ejército, que como  
nube asoladora errase y extermi-  
ne cuanto encuentre por delante;

y aun así y todo la victoria misma,  
es un calvario para el invasor.

Los errores de un gobierno no  
los corrige sobre el campo de ba-  
lalla un general en jefe, por más  
que se ha hecho moda despedirlos  
con palomas, para recibirlos á  
silbidos, como á los toreros que  
lidian bestias bravas, cuando la  
voluble fortuna les vuelve la es-  
palda.

Cuando el soldado no vé en la  
paz la imagen de la guerra, es más  
que peligroso llevarlo á campaña.  
Es criar reses, para el matadero,  
y aun más en los presentes tiem-  
pos que amaña el arte á paso de  
gigante. La vida sedentaria de las  
guarniciones, y el sacrificarlo to-  
do al brillo y á la estética, cortan-  
do hasta las colas de los caballos—  
que son en el vivac los trastes de  
limpieza—para ir á la inglesa, y  
otras prácticas de estéril resultado  
dan un fruto amargo el día del pe-  
ligro.

El ejército de la Argelia aun con  
sus deficiencias, cuyos 60.000 hom-  
bres dominan un territorio de ca-  
lores mil leguas, con cinco millo-  
nes de moros y extranjeros, y que  
envia hasta el desierto cuatro sol-  
dados y un cabo que vuelven lle-  
sos, se halla siempre en pie de gue-  
rra, y sale de sus cantones á la  
media hora de tocar llamada. La  
infantería, que no cesa en el tiro,  
caletando poco los cuarteles, ope-  
ra constantemente en todos los  
terrenos. La caballería camina una  
jornada diaria.

España no está tísica, ni lo ha  
estado nunca, como ha dado en de-  
cirse cuando ella misma no se ha  
destruido. Lo que le falta es una  
cabeza que tenga la fortuna de po-  
der gobernarla, y lo que hay en  
ella es mucha pereza y mucha  
indiferencia, muchos holgazanes,  
mucho comilon y muchas nulida-  
des, porque á todos se les paga lo  
mismo, sin pagar nada al que más  
vale, pero en medio de todo y aun-

que no será nunca la de 1808 por-  
que las criadas ya no hacen las ba-  
las en una cazuela, con moldes de  
mano, ni los cartuchos con papel  
de á ochavo, hay sin embargo mu-  
chas aptitudes, mucha abnegación,  
y mucho patriotismo cuando llega  
el caso, como ya se ha visto.

No hace muchas noches que un  
enfermo militar ha tiempo retirado  
—casi al borde del sepulcro—que  
al alborozar el año de 1841 ya os-  
tentaba la insignia de oficial cuan-  
do á excepción del Excmo. Señor  
Conde de Cheste, ningún general  
de la escala activa del ejército, do  
Capitán general inclusive abajo,  
había llegado á alcanzar aquella  
investidura, decía al ministro de  
la Guerra en el palacio de Buena-  
vista: «Si no tenemos todavía un  
ejército que pudiera responder á  
una nación provocadora, dadme  
una compañía que yo organice ó  
instruya en tiempo necesario, y  
encerrado con ella en un campo  
cercado, dando un diez por ciento  
de ventaja á otra enemiga, pronto  
vería el mundo que aun somos los  
de Numancia, y aun ruge el león  
castellano.

Virgilio CABANELLAS.

## TIJERETAZOS

Para negocio el que han hecho las em-  
presas tranviarias de Madrid con la  
huelga de sus empleados.

Comenzaron negándose á aumentar  
los salarios.

Siguieron perdiendo unos cuantos mi-  
ltares de duros.

Y acabaron por buscar un arreglo,  
defiriendo á lo que exigían los huelguis-  
tas.

Y resultó que en lugar  
de pagar unos reales  
de más á los mayores  
—que no era mucho pagar—  
dejaron de recaudar  
bastantes miles de duros,  
mas, para salir de apuros,  
y pensándolo mejor

han cedido ante el temor  
de los conflictos futuros.

Estos yanquis son el diablo.  
Uno de ellos, raro entre los más ra-  
ros de su tierra, ha tenido el extraño  
capricho de decorar un gabinete con el  
cadáver de su mujer, poniéndolo senta-  
do en una silla, entre la mesa de tresillo  
y el piano.

¡Cualquiera le hace la partida á ese  
yanqui, en presencia del extraño testigo!  
¡Qué idea tendrá ese sobrino de su  
tío de la respetabilidad de la muerte  
cuando de tal manera la profana!

No obstante las manifestaciones de la  
prensa inglesa relativas á que Inglate-  
rra se anexionará la república del Trans-  
vaal y de Orange, resulta que los bata-  
llones que salen de Durban para Est-  
court y Ladysmith se van quedando en  
la estación.

Todo por culpa de los boers que se  
han empeñado en que no pasen.

Y no es eso lo peor, sino que logran  
su propósito.

Y reparten tales tundas  
esas gentes del Transvaal,  
que... vamos, no se portan mal  
las naciones moribundas.

## MONOPOLIO MINERO

### EN ESPAÑA

Muchó se escribe, por nuestro queri-  
do colega la «Gaceta de las Bases», so-  
bre el origen y producción de los meta-  
les más usados en el día, y sería muy  
largo publicar las extensas estadísticas  
y los numerosos estados que aousan ya-  
cimientos, explotaciones, exportaciones é  
importaciones, precios, etc.; pero ya  
que no hagamos bastó por bases de  
tiempo y espacio si vamos á resumir, en  
pocas líneas el trabajo de un profesor  
acreditado en la materia acerca del par-  
ticular.

Naturalmente que tratándose de me-  
tales ocupa el primer lugar el oro, si  
no por su utilidad, por ser el más pre-  
cioso, y éste, que sirve en lo general de  
regulador al precio de los demás, viene  
actualmente del Africa del Sud, sobre-  
pasando en producción á los Estados  
Unidos. Estas dos regiones y la austra-

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 1012

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1013

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 1016

como no tiene nada que hacer, puede esperar: ¡ea! y  
largate por la fritada y por la ensalada.

Se sentaron los tres, y la emprendieron con la  
sopa.

—Pues son de ajo y de almendra tostada, dijo  
Pommeferre.

—Y con nuez moscada y picadillo de ave, dijo Ma-  
legardo.

—Y los huevos parecen de pava, Dios los bendiga,  
esclamó Simon, tragándose de una sola vez uno.

—En tu vida has comido tá unas sopas como estas  
dijo Pommeferre.

—Rancho de aluvas y arroz con agua y sal, dijo  
Simon; y con esto ha habido bastante para que lo  
ganemos una corona al rey nuestro señor.

—Pues si eres hombre agradecido, dijo Pommefer-  
re, porque te hemos dado una vez bien de comer y  
para que te demos otras muchas, debe servirnos.

Y

—Aquí está la fritada y una ensalada, dijo Chin-  
chilla, salpimentada y acondicionada con tres ar-  
cones asados, de Laredo, que no los come mejores  
ni el preste Juan de las Indias.

Y puso los dos platos que traía en una bandeja,  
sobre la mesa.

—Allá va na real de propina, dijo Pommeferre, y  
vota y no vuelvas á parecer en todos los días de tu  
vida.

Chinchilla se fué despnes de dar expresivamente  
las gracias por su generosidad á Pommeferre.

—¿Con que tu estas dispuesto á servirnos? dijo es-  
te dirigiéndose á Simon cuando hubieron quedado  
solos.

—¿Y en que tengo que servirlos?

—¿Es de su escuadrón el teniente Perea? dijo Pom-  
meferre.

—De mi escuadrón, de mi compañía y de mi mi-  
dad, dijo Simon; y buen pez está el teniente Perea:  
en cogiendo éi una baraja en las manos, á su abuelo  
lo desnuda; y en cuanto á terne ¡bahl no hay que  
deoir, todo el mundo lo teme: ¡y las mozas! se muer-  
ren por él; pero no le queremos mucho, porque por  
una correa que no está bien limpia en la montura, se  
por un poquito de pale que no tenga sentada el ca-  
ballo, mete mane al chafarote, y allá va un hombre  
como un castillo por quince días al hospital.

—¿Si, el que hace malo, malo nuestro? dijo Pomme-  
ferre; pues mira, muchacho, es menester que te en-  
tiendas tú con el asistente de Perea.

y no sabes tú todavía lo que es comer bien y diver-  
tirse: has lo que nosotros te digamos, y ya te ale-  
grarás.

—Pero no hay más que deoir: y andando, dijo Si-  
mon levantándose, porque se había acabado el al-  
muerzo, y tomando su espada y ciñéndosea; me  
voy á presentar en el cuartel; luego, así que haya  
despachado al caballo, me iré á buscar al teniente  
Perea: no siento más que separarme de Aviapa, y  
que se lo den á otro: los dos nos queremos; como  
que juntos hemos hecho tres años de campaña; y  
si yo tuviera dinero, lo compraba al escuadrón; por-  
que el pobre ha cerrado ya, tiene alifafes, y lo po-  
drías dar por inútil. ¡Si vierais lo que se quiere á  
un caballo cuando le ha sacado á uno de más de un  
peligro con vida.

—¡Hombre! dijo Malegardo: si nos las querrás  
echar de soldado viejo, recluta, á nosotros, mosque-  
teros veteranos.

—Una palabra, dijo Pommeferre: si nos eres leal,  
compramos á Aviapa, y to lo guardamos para quan-  
do nos hayas servido.

—Pues eso era lo mejor que podías ofrecernos,  
dijo Simon: no hay que hablar más, y adios; me voy  
á la posada de Manasas á encillar á Aviapa y á irme  
al cuartel.

